CONSENSO Y DERECHIZACIÓN. ESCENARIOS DE DISPUTA EN EL CONO SUR. Estudio de los casos de Argentina y Brasil.

Stalin Ballesteros García¹

Jaime Mendoza del Castillo²

RESUMEN:

Un aspecto pendular y de constantes fluctuaciones es el desenvolvimiento del libreto de los agentes impugnadores de soberanía regional, supeditado a los cambios políticos, elaborando una apuesta política consensuada regional.

Basado lo anterior, nos proponemos en este texto, de manera epistémica, el estudio del cono sur como espacio de emancipación con virajes regresivos, que intenta desestructurar el consenso progresista pos neoliberal de los gobiernos del sur, por medio de un retorno a las políticas derecha, de nefastas consecuencias en el cierre de los 90's de la mano de la crisis neoliberal. En ese orden de ideas, teniendo en consideración el entendimiento de las claves que producirían esa involución y la posible mutación en las distintas políticas soberanistas de organismos regionales como la UNASUR, que propenden la articulación de políticas estatales a un alineamiento de geografía política regional.

Posteriormente, se esboza una mirada crítica al desempeño de la izquierda en términos de incapacidad de generar cambios sustanciales desde un proyecto de país diferenciador, esquematizado en el progresismo y no con vestigios de este y una gerencia del establecimiento recibido, legitimando una identidad colectiva en el marco ulterior en caso de un cambio político. Finalmente dimensionando los elementos anteriores, se propondrá

¹ Docente investigador Universidad del Magdalena, director del grupo de investigación en Conflicto y Relaciones Internacionales.

² Semillerista investigador grupo de investigación en Conflicto y Relaciones Internacionales.

rediscutir estrategias en las fuentes de poder alternativas que podrían pujar por mantener el carácter autonómico de los sujetos supranacionales.

PALABRAS CLAVE: progresismos, UNASUR, geopolítica, consenso, pos neoliberal.

Abstract

A pendular aspect and constant fluctuations is the development of the script of the agents of regional sovereignty, subject to political changes, drawing up a consensual regional political commitment. Based on the above, we propose in this text, in an epistemic way, the study of the southern cone as a space of emancipation with regressive turns, which attempts to disintegrate the post-neoliberal progressive consensus of southern governments, through a return to right politics, with dire consequences in the closing of the 90's in the hand of the neoliberal crisis. Taking into account the understanding of the keys that would lead to this involution and the possible mutation in the different sovereign policies of regional organizations such as UNASUR, which tend to articulate state policies to an alignment of regional political geography.

Subsequently, a critical look is given to the performance of the left in terms of the inability to generate substantial changes from a differentiating country project, outlined in progressivism and not with vestiges of this and a management of the establishment received, legitimating a collective identity in the framework in the event of a political change. Finally, by sizing up the above elements, it will be proposed to rediscuss strategies in the alternative sources of power that could push to maintain the autonomous character of the supranational subjects.

KEYWORD: Progressives, UNASUR, geopolitics, consensus, pos neoliberal.

INTRODUCCIÓN.

En la década del 2000, tras las tensiones sociales manifiestas producto de los distintos gobiernos neoliberales en América del Sur, incapaces de solventar los problemas de la sociedad civil³, con esa población que salía disparada a las calles en acción colectiva, protestando consignas de inclusión y de cambios urgentes mientras señalaba a los culpables, y cuya asimetría de los gobernantes con respecto a los intereses de sus gobernados se dilataba cada vez más, un nuevo cambio político evidenciado por la forma de reorganizar la disfuncionalidad siempre latente en los países latinoamericanos se erigió como opción política para solventar las dificultades de la crisis de los 90`s. Es decir, abierto el arco de opciones políticas de distintos signo en esas espacialidades a causa de la tesitura disruptiva del contrato social, en el cono sur, que identificamos como unidad de análisis, se propuso como fundamento de su ejercicio político el encadenamiento de distintas tomas de decisiones en beneficio de la base social más golpeada por la avalancha de los gobiernos neoliberales y de su participación en los interrogantes que los aquejaban que fueron, por cierto, los mismos movimientos sociales que lucharon contra sus políticas económicamente egoístas, devolvieron a la calle a los rostros que responsabilizaban («*que se vayan todos*») y a quienes encontraban no idóneos para la tarea de devolverle el país a su dueño natural y, a la postre, asentaron en ese lugar de mando a los llamados gobiernos progresistas.

³ El termino sociedad civil tiene varias conceptualizaciones, todas más o menos validas en este caso; no obstante, a este respecto, utilizaremos una visión gramsciana del asunto no por su definición en sí, sino a causa de la luz que nos brinda en la precisión respecto a su relación con el Estado y nos muestra como la posibilidad de irrupción de las, en ese momento, opciones progresistas, estuvieron dadas por la debilidad del mismo “En los estados más avanzados, donde la “sociedad civil” se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las “irrupciones catastróficas” del elemento económico inmediato”. (crisis, depresiones, etc.) las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de las trincheras de la guerra moderna (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 157)

Sigue siendo incierto en los estudios anteriores por cuales razones esos valores que lograron repatriar fueron involucionando. Por tanto, desde las externalidades, como por contradicciones en la puesta en marcha de sus políticas, se fragmentó a los pueblos del cono sur abriendo la posibilidad de un retorno a experiencias que unívocamente expulsarían del núcleo a las mayorías que más necesitan de ayuda aun hoy. Entonces, ¿cuáles fueron los detonantes de esa involución a opciones políticas neoliberales, retornándolos a los palacios, al tiempo que la sociedad civil criticaba con vehemencia el papel de la izquierda? En este artículo nos planteamos, de entrada, que la no continuación de esos gobiernos pasada una década se debe a: primeramente, una incapacidad de generar una identidad colectiva de irreversibilidad y una apenas tenue valentía a la hora de romper con lo encontrado y hacerle frente a los llamados “poderes de facto”. Lo anterior hace que su discontinuidad en lo pactado sea mucho más discurso personalista (en la mayoría de los casos presidencialista) que impactos sociales en continuado.

Ese medio camino entre la disputa por llevar a cabo un proyecto emancipador y la simple gerencia de lo recibido por sus predecesores como plantea *Svampa Maristella* “*aunque el gobierno de Kirchner está lejos de constituir una supuesta refundación política como sostienen fervorosamente sus defensores, tampoco puede ser interpretado sin más en términos de continuidad lineal respecto de los años noventa, como afirman ciertos críticos del mismo*”(2007), supone un lastre en la profundización democrática que solo se vería enardecida durante los primeros años. Es en ese punto en donde proponemos a la UNASUR, tomando en consideración los cambios políticos en Argentina con el ascenso de Mauricio Macri y las dificultades del Partido de los Trabajadores en Brasil, como articulador de políticas regionales de consenso, porque se puede presentar como impugnador hacia un

mantenimiento de los planteamientos posneoliberales o, amputado de las fuerzas que la fundaron, terminaría el ciclo progresista de principio de siglo.

Para conocer el escenario ulterior, el tercer lugar del artículo estará encaminado a intentar determinar qué fuente de poder alternativas pueden llegar a revertir ese regreso a lo peor del siglo pasado y como serán reorganizadas esas posiciones en torno al repliegue evidente de la izquierda del sur del continente.

Izquierdas, instituciones y movimientos sociales.

La unidad de análisis escogida para llevar a cabo la investigación está centrada en el cono sur (Argentina y Brasil) que fue una poderosa fuente de estabilidad regional, ya sea por su parcelación de territorio y, con ello, enorme parte del consumo del continente, sino también por su papel central en la construcción integradora de América del Sur. En especial, se analizan estos dos países por ser las principales potencias económicas regionales líderes de Mercosur, además de ser el ejemplo propio de haber logrado el poder por la vía institucional electoral.

El gran mérito de las fuerzas políticas posneoliberales fue la de reorganizar en torno a un “espíritu de escisión”⁴ las disfuncionalidades propias de un continente pobre, poco educado y que vive mal, en una forma de agrupamiento de sectores subalternos tradicionalmente excluidos socialmente y con limitada participación en las decisiones de las democracias liberales que se configuraron como alternativa a sectores eternamente apoyados por los

⁴Este término gramsciano hace referencia a “*la progresiva conquista de la conciencia de la propia personalidad histórica, espíritu de escisión que debe tender a prolongarse de la clase protagonista* a las clases aliadas potenciales; todo esto requiere un complejo trabajo ideológico, cuya primera condición es el exacto conocimiento de la materia volcada en su elemento humano”. (Gramsci, *Pasado y Presente*, p. 220) Entonces, esas dicotomías y antinomias del Estado fueron los insumos bajo los que el discurso progresista se asentó, recurriendo a los errores del adversario para crear una sensación de ángel y demonio, de rebeldía vs entrega.

poderes económicos tradicionales. Esa rígida relación entre sociedad civil y Estado no se podría haber convertido en la década ganada si los procesos que se venían elaborando en Argentina y Brasil, junto con los otros en el resto de La América, no hubiesen estado listos mucho antes de las victorias electorales. En Brasil, por ejemplo, Lula nunca renunció al neoliberalismo propiamente dicho, tan solo desarrolló aún más su capacidad negociadora para tener gobernabilidad a la vez que subía su aceptación por sus reformas sociales. El tono conciliador de Lula a la hora de gobernar lo alejó sistemáticamente de los movimientos sociales que pugnaban por ingresar a la democracia y lo acercó cada vez más a entramados anómalos en su proceder. Las movilizaciones en contra de las políticas inversas a la mayoría social no se hicieron esperar. Lula nunca logró democratizar el poder político bajo la masa social y mucho menos Dilma, foco de oportunidad para muchos que creían que continuaría con la línea Lulista, que gracias a su gran popularidad del 80% hizo posible, en parte, la presidencia del Dilma, pero también cabo su tumba. Ello se debe, entre otras cosas, a que las coaliciones con las elites de poder desestimaron la base social popular y su poder electoral. Los movimientos sociales entendieron pronto que esa gran alianza inconexa ideológicamente, incluso en el adentro, contenía tanto políticas como sectores conservadores que pugnaban, como los demás, por ensanchar su núcleo y expandir su poderío, defensores de la democracia liberal que exigían una mayor profundización de la misma, asegurando derechos básicos en planos económicos, sociales y culturales, a la vez que no intentaban afectar el modelo económico imperante. Igualmente podrían encontrarse exigencias generacionales que promovían amplitudes democráticas para las nuevas formas de expresión del ser ciudadano, sin olvidar las líneas históricas de organizaciones sociales y políticas de corte de izquierda que se enuncian desde el reformismo hasta la revolución. Las coaliciones por parte de grupos que

contienen a muchos otros, con múltiples tendencias, conflictuados entre sí; unos promotores del status quo entre liberalismo económico comercial y conservadurismo político, y otro, mas disímil en su volubilidad, pues asume la aglomeración histórica de los grupos sociales, políticos, gremiales y las nuevas expresiones ciudadanas propias del debate posmoderno, en pro de ser mayoría en el parlamento para aplicar algunas de las demandas sociales y concentrar el poder en una victoria relativa que no contiene el carácter absoluto de una victoria en las transformaciones profundas y estructurales en el terreno social, terminó alejando por completo, en el caso de Brasil, de Dilma a los movimientos sociales que apoyaban algunas iniciativas y no dudaban en repudiar con huelgas generales otras. El caso más sonado fue el del Movimiento de los Trabajadores Sin Techo (MTST) que rechazaron tajantemente políticas como “la modificación del sistema de pensiones, reforma fiscal, apertura del presal o la ley antiterrorismo, convirtiéndose básicamente en un gobierno conservador o atenazado por el conservadurismo que parece no tener límites en la entrega de derechos sociales”.⁵ Cabe hacer la distinción de que muchos de esos movimientos no aceptaron el juicio político posterior, pero los recortes de inversiones en los programas sociales estaban a la orden del día, conducta indefendible sin una buena socialización.

En otras latitudes, al poco tiempo de iniciada la presidencia de Cristina Fernández, las protestas de los sectores empresarios del agro abrieron una nueva etapa de las relaciones políticas que incluyeron cambios significativos (Sidicaro, 2011). Argentina quizá fue el caso más agudo en la separación de estos sectores con el respectivo progresismo. El sector

⁵ Estas declaraciones fueron manifestadas por el coordinador del Movimiento de Trabajadores Sin Techo (MTST) Guillermo Boulos al diario Sputnik en marzo de 2016. Este movimiento se posicionó muchas veces en favor del gobierno del PT, pero no se puede confundir el apoyo a Rousseff en el “impeachment” “no existe ninguna identificación con las protestas a favor del impeachment. Criticamos al gobierno por los motivos opuestos”, con un apoyo a sus malas decisiones de gobierno “las pautas de la derecha serán enfrentadas en la calle y sin tregua”.

agropecuario resistió sus leyes y paró la producción, las vías y fomentó el cacerolazo por más de cien días poniendo al país al borde del desabastecimiento, interrumpiendo parte de las actividades económicas que sostienen la economía argentina. El componente que es menester revisar es que los Kirchner en cabeza de su primer presidente lograron articular una fuerza soberanista que, si bien se introducía en el panorama internacional, lo hacía de manera redistributiva. No desencantaron tan pronto como llegaron al poder, aunque si poco después. Algunas áreas, por ejemplo, el petróleo, tienen privilegios inaceptables porque a pesar del gran incremento que ha tenido el precio del petróleo no tienen que aumentar las regalías ni una décima de porcentaje. Gak (2006) Es de evidencia no menor la dificultad de poner de acuerdo sectores sociales de trabajadores y desempleados con empresarios como el de ese sector que, incluso en el momento de mayor auge no fueron obligados a gravarse más, de manera que su apoyo político y económico estuviera aliado a su bloque institucional. Ello no hubiese decepcionado tanto si el gobierno argentino hubiese logrado trasladar el peso del discurso presidencialista contra hegemónico a las fuerzas que tradicionalmente han gobernado tanto en el parlamento como fuera de él; en las realidades, en el día a día o, lo que es lo mismo, en beneficios para los argentinos.

La crisis logró que quizá con más capacidades discursivas que con plan de país este gobierno llegara y pusiera encima de la mesa un proyecto a todas luces rebelde, en primera instancia, en contraposición con las ideas desarrollistas del sistema capitalista que considera al crecimiento económico producto de, como Souza (2014) “este neoextractivismo tiene como base la explotación intensiva de los recursos naturales y plantea, en consecuencia, el problema de los límites ecológicos (por no hablar de los límites sociales y políticos) de esta nueva (vieja) fase del capitalismo”, promotor de riqueza y, en ese afán por producir, pone a los países de América Latina en un lugar periférico en ese juego de ganadores y perdedores.

Ese descontento está como huérfano: cuando eso sucede hay posibilidades de que haya nuevos actores, nuevos liderazgos, nuevos discursos, incluso nuevas palabras que sean capaces de producir una identificación popular nueva (Errejón, 2015). La idea de país de los gobiernos progresistas descansaba en el agrupamiento de fuerzas heterogéneas en la música que atrajo muchos oídos ante un discurso en pro de la soberanía y antagónico al precursor que por primera vez las ponía en su plan de gobierno. Cuanto menos de entrada. Ello consolidó su visión del mundo como la llamada a empoderar a aquellos excluidos y, de esa manera, contribuir con la conformación de políticas de igualdad social haciendo clara distinción entre procesos anteriores que sometían a los sectores sociales por estos que los ponían en su agenda.

Cabe señalar que la democracia no era en ese momento una preocupación de la mayoría de partidos de izquierda, y tampoco lo era la vida cotidiana. (Vargas, 2016). El asunto aquí es reconocer que esos movimientos, sectores, fuerzas excluidas o marginadas, no pertenecen necesariamente a un proyecto de izquierda porque si bien la izquierda ha tomado esos valores para volverlos leyes, siguen siendo parte de la sociedad civil en tanto que no se cumplan a partir del día después de las votaciones. El debilitamiento en esas relaciones no terminadas de amarrar desencadenó en el bajón de la aceptación y la adhesión de algunos de esos movimientos a opciones políticas más reaccionarias ensanchando la “crisis de autoridad”.⁶ Y es que claro, ¿quién es realmente el reaccionario cuando se incumple, por no decir miente, a la hora de llevar a cabo políticas redistributivas y de inclusión social y se deja esas demandas

⁶ El concepto de crisis de autoridad aparece en Gramsci para denominar el momento que, junto a la crisis orgánica refuerzan ese momento de dualidad entre lo anterior y lo que viene, el cual en este caso puede funcionar de manera no solamente hacia un progreso sino también hacia el retroceso reaccionario: “Si la clase dominante ha perdido el consenso, entonces no es ya ‘dirigente’, sino únicamente ‘dominante’, detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han separado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían. (Gramsci *Cuadernos*, II, p. 37).

como solamente parte del proselitismo habitual? Por supuesto que sería mentir descaradamente afirmar que la decadencia de décadas iba a ser solventada en una; sin embargo, las evidencias son claras a la hora de mostrar la desafección y, en ocasiones, la persecución de la que fueron víctimas esos movimientos que nunca pertenecieron a ningún color per se.

Los gobiernos son progresistas porque han dejado caer muchas ideas, fuerza y núcleos centrales de prácticas socialistas, libertarias, democráticas o emancipadoras [...] distanciándose de movimientos indígenas ambientalistas, feministas y de derechos humanos. (Gudynas, 2014). Los movimientos nacionales y populares del cono sur tuvieron un desapego sospechoso hacia sectores como el feminista, agropecuario, ambientalistas, entre otros, quedando apenas en un sueño aquello de armar un frente popular que trascendiera la estructura de partidos y de conformar un poder de cuasi no retorno en las políticas públicas. En muchas ocasiones la persecución a la que se vieron sometidos estos movimientos solo logró acrecentar ese rompimiento que hoy evidenciamos en las urnas y que cada vez más deja a la ciudadanía sola con los nuevos gobiernos, que no son gobiernos, sino unas empresas que trabajan al servicio de quienes no les votaron. Hay una bifurcación entre el discurso y la *praxis*, pues de ese apasionamiento histriónico al hablarle a un micrófono teatralizando un papel, a fortalecer los mecanismos democráticos y los puentes entre sociedad y gobiernos, quedó mucho que desear. Los progresismos del cono sur terminaron siendo cualquier cosa menos gobiernos de izquierda, pues la izquierda es, como sabemos; por lo menos y, entre otras cosas, equidad social, seguridad a los ciudadanos, desarrollo para el pueblo y su empoderamiento.

Relación de la izquierda con la burguesía.

El impacto de los gobiernos posneoliberales puso en evidencia la capacidad enérgica de los pueblos de nuestra América para luchar contra los poderes establecidos, polarizando la sociedad y constituyéndose como fuerza democratizadora del país.

Una serie de intermediaciones estatales y partidarias, desplazando a las derechas de estratégicos ganglios institucionales y aparatos ideológicos del Estado e instalando una serie de ideas, fuerza, consignas y valores políticos de corte nacional-popular como los de soberanía, nacionalismo, progreso, desarrollo, justicia social, redistribución, dignidad plebeya, etcétera. (Modonesi, 2015). Evidentemente no se hizo todo mal, pero de nada serviría crear un comité de aplausos para celebrar lo logrado en detrimento del nuevo avance difícil de sostener. El contra poder que se forjó en nuestro continente es memorable y tuvo procesos muy distintos entre sí que devolvieron a la discusión al pueblo que hay detrás de las papeletas de votos y eso se evidenció con avances e impactos que revolviéron de las catatumbas a una oligarquía que nunca se fue por completo. El estancamiento de los progresismos también pasó por las presiones de esta y por su poder aun sin ser gobierno regente. Los gobiernos de izquierda no lograron que el sector subordinado, en términos gramscianos, pudiese reconocer su derrota histórica, arrebatándole el dominio de la idea de transformación que de esa manera hubiese calado en una sociedad voluble como la latinoamericana, amenazando a esa oligarquía que, como plantea Boaventura de Souza Santos (2014) “en algunos países [...] perdieron buena parte del poder político gubernamental, pero a cambio vieron aumentado su poder económico” y permitiendo su rebeldía ante los poderes facticos por la legitimidad adquirida y la continuación de un proyecto que solo vería resultados de robusto alcance en un terreno a largo aliento mientras, como plantea Gramsci, las instituciones se homogenizaran en torno al actor hegemónico o

este los arropara para sí, integrándolos al consenso progresista con base al orden que se tenía, en teoría, en el proyecto.

Así como Perry Anderson (2016) cita a Guha “Para nosotros [...] representaban una extensión liberal de izquierdas de la elite del poder”, la distinción a hacer es la discontinuidad en la proposición de alternatividad real al plan de sus contrincantes, administrando las instituciones en lugar de transformarlas. Basados en lo anterior, Macri ganó las elecciones en Argentina y no necesito un proyecto de reordenación de lo recibido en torno a su proyecto porque el acumulado histórico neoliberal le deja al gobierno que le sucedió, un escenario libre de cambios estructurales que se mantuvieran en la posteridad y esto se debe a dos cosas principalmente: la primera es la incapacidad histórica del gobierno Kirchnerista, ya que no puso en jaque a la oligarquía argentina. En palabras de Errejon, “todo régimen debe decir que es inclusivo, pero si lo fuese no sería político. Todo régimen siempre tiene un afuera, cosas no tolerables, cosas no permisibles. No es una voluntad en normativa. Es una descripción de la construcción de regímenes políticos”. El nudo gordiano fue el incumplimiento de las demandas que lo llevaron al ascenso y, por tanto, la caída del apoyo que lo asumió en algún momento como el vehículo hacia la transformación volviéndose proclama. Así la avanzada posneoliberal que fortaleció gobiernos de izquierda y progresistas, tiene una suspensión, producto de la gerencia del status quo recibido, entre otras, las formas de hacer política y la política arroparon los fines de corte reformadora y transformadora, a un simple cambio de dirigencia y adaptación a la burocracia pro neoliberal. Allí habría que aclarar que Latinoamérica es una tierra de actores políticos diversos y de crisis política constante.

Lo primero es que no se puede, de ninguna manera, ser amable en términos de pugna por el poder, con la oligarquía, poder que siempre gobernó a su merced y, al tiempo, consolidar un proyecto en beneficio de la población latinoamericana, que es históricamente un receptor del

ejercicio de poder dominante de la oligarquía, por ello muy voluble en su elección, poco ideologizadas y politizadas, quebradas por completo por las políticas que se prometieron no continuar. Es imposible el progreso del conjunto haciendo lo mismo que hacían los anteriores y con una suerte de amabilidad sospechosa, de relaciones ambiguas con las empresas multinacionales rentistas y, en muchos casos, en Latinoamérica, familias, que alguna vez culpabilizaban como los responsables de no atender las reivindicaciones de esa mayoría voluble.

Sustantivo es señalar una voluntad (complicidad) de los gobiernos progresistas y de izquierda de la región (posneoliberales) en asegurar un escenario regional en aras de mantener en el poder gobiernos del mismo corte cual recompensa, a pesar de no tener un referente ideológico claro ni una estrategia política regional. En resumen, su intención no era mayor a la de ayudarse mutuamente para su ulterior mantenimiento y no caer o ceder ante el bloque institucional adversario. Esto es muy importante, porque evidencia que la imposibilidad de permitir la crítica a estos gobiernos fue uno de sus principales talones de Aquiles, imposibilitando pragmáticamente su ejercicio en la dirigencia y dispersándola de las aparentes intenciones iniciales, impidiendo entonces el relevo generacional, el recambio de dirigencia, la adaptación a las exigencias populares y del electorado.

Papel de la UNASUR.

La UNASUR nace como entidad supranacional que propende la concertación e integración de los pueblos de América en lo político, económico, ambiental, social, etc., pues lo entiende como condición *sine qua non* para la sostenibilidad en su desarrollo. A lo largo de su vida ha estado dando pasos hacia ese multilateralismo con los países que forman parte de sus filas,

pues, como plantea la Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras (2010), *“los procesos de integración subregionales constituyen elementos indispensables para las relaciones internacionales contemporáneas”*. De ahí, que las integraciones son una realidad indiscutible para la vida social de los pueblos. En el escenario de irrupción de fuerzas contrahegemónicas a las establecidas en la década de los 90, la UNASUR se presentó como aliado principal a la hora de articular las formas de incidir en el aparente monolitismo que imperaba en el continente. Los gobiernos progresistas en una sociedad tan voluble como la de América y con tanta aversión a las transformaciones sociales y a la autonomía, entendieron en su momento que las particularidades de cada país debían encontrar una concordancia de aplicación y, con ello, establecer hojas de ruta en cuanto a soberanía y el consenso en el accionar del gobierno. De alguna manera enarbolar una sintonía en el fortalecimiento de países muy distintos, pero gobiernos de intenciones similares. Con lo cual, se entiende que las integraciones son una realidad indiscutible para la vida social de los pueblos.

Es indiscutible el papel preponderante de la UNASUR en tanto que fortalecimiento de una apuesta autonómica, que evidenciaba la posibilidad de una escisión de la hegemonía estadounidense en la región y que abría la posibilidad a potencias medias como Brasil y Argentina, que en un lugar estratégico de alianzas políticas y comerciales propias del Mercosur, aprovecharon para fortalecer una diplomacia de sur-sur que generara más que una ruptura con el hegemón, un aprovechamiento del momento político global favorable. Efectivamente con el ascenso de gobiernos neoliberales se pone en jaque el escenario de articulación política que propuso la UNASUR, creando condiciones alteradoras del enfoque tradicional, consintiendo a esos procesos de corte progresistas cuya creación de condiciones para que el fundamento de esa entidad supranacional fuese el ahínco por fortalecer cuando

no crear políticas sociales en el grueso del continente para la profundización democrática, en contraposición a las elites tradicionales. Ahora esa falta de hegemonía nacional está detrás del motivo de la incapacidad regionalizadora y, en consecuencia, la avanzada de un proyecto de UNASUR claramente dotado de otras significaciones y proclive a otra escala de valores y/o prioridades, sacando de a cabeza las luchas de los posneoliberales porque crear políticas consensuadas en la región para aclarar una apuesta hacia el resto del mundo es ahora encarnada por fuerzas de otro corte, resignificando la UNASUR en un actor con pocos signos sociales.

Papel de la Unasur en la pugna constante de transición.

La discusión, sustrato fundamental de la creación de UNASUR dio como resultado una apuesta por formas de entender la practica gubernamental contra hegemónica respetando los derechos humanos como paralelo a la soberanización de los países pasaba primero por estructurar un carácter hegemónico que diera para empoderar a la sociedad civil de formas que olvidarían la idea mesiánica, trasladándose a robustecer un contra poder que invadiera las instituciones.

La UNASUR debe poder asaltar a la reunificación de un cono sur que se resquebraja por el regresionismo. En primer lugar, se hace necesario revisar como la UNASUR ha logrado intervenir en los conflictos que se han generado en distintos países, propuestas sociales en investigación, educación, economía. El Banco del Sur es un mecanismo creado para hacerle frente a los poderes financieros tradicionales que logran con facilidad romper con la estabilidad de los países que se desvinculan del anterior establecimiento y soltando el lastre que representan otros sistemas de préstamos internacionales. No obstante, cabe decir que los

países que fomentan y llevan a cabo esta agenda siguen siendo los mismos que cambiaron políticamente dividiendo en dos partes insolubles el continente.

Lo segundo sería, en cualquier caso, un desafío en cuanto a cómo, con los insumos actuales, sería el trayecto, como muestra Borda (2012) *“debido a que los acuerdos adoptados por la organización solo serán obligatorios cuando hayan sido plenamente incorporados en el ordenamiento jurídico interno de cada Estado miembro, su capacidad de generar decisiones vinculantes que produzcan cambios radicales en el comportamiento de los Estado miembros es débil”*. Esto se ve empeorado por el hecho de que el rol de secretaría general de la UNASUR pasó a ser un simple formalismo. Cuando Néstor Kirchner detentaba la Secretaría General, su capacidad de maniobra era mucho más holgada que la presentada hoy, reconfigurando las políticas de consenso para que el desarrollo fuese la piedra angular del progresismo como fenómeno político. Hoy el panorama no es demasiado alentador. El presupuesto de poder es corto y no constituye ningún tipo de cargo de presión, sino tan solo uno que propende por el consenso, ejerciendo un papel de mediador en el arreglo de los conflictos como el venezolano o el brasilero y no en articular a partir de sí, políticas sociales. Constituye una cumbre entre presidentes al que van a ponerse de acuerdo en lo mínimo, tomando en consideración las vertientes políticas actuales. Las iniciativas pueden ser vigiladas, pero solo si forman parte de lo acordado, que no promete ser mucho, por ello, con los instrumentos a la mano, la UNASUR es poco lo que puede hacer para continuar, en cierto sentido al menos, los avances propuestos por los gobiernos que la fundaron.

Referencias

1. SVAMPA Maristella. Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo. En: Scielo, v.24, (julio, 2007); pp 1.
2. ERREJÓN Iñigo. (2015). “La construcción de un sujeto popular”. Revista Teknokultura, Vol 12 (1), 39-53.
3. Redacción Sputnik, (2016). “Movimientos sociales de Brasil planean combatir políticas conservadoras de Rousseff”. Sputnik: Mundo Sputnik. Recuperado de: <https://mundo.sputniknews.com/americalatina/201603071057426700-barsil-movimientos-combate-rousseff/>
4. SIDICARO Ricardo (2011). “El partido peronista y los gobiernos Kirchneristas”: “¿Progresistas? Partidos y movimientos en América Latina”. Nueva sociedad, No 234. Buenos Aires, Argentina.
5. VARGAS Virginia (2016). “Los feminismos en el laberinto de las izquierdas gobernantes en América Latina. Reflexiones inacabadas”. Rescatar la esperanza: Más allá del neoliberalismo y el progresismo. Entre pueblos.
6. GUDYNAS Eduardo (2014). “Diez tesis sobre el «divorcio» entre izquierda y progresismo en América Latina”. En: Ideas, suplemento de página 7, La Paz.
7. MODONESI M (2015). “Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo”. Viento Sur, No 142.
8. Boaventura de Souza Santos (2014) ¿Reinventar las izquierdas?, en Reinventar la izquierda en el siglo XXI. Hacia un diálogo Norte-Sur. Buenos Aires: José Luis Coraggio y Jean-Louis Laville. (Universidad Nacional de General Sarmiento).

9. ERREJÓN Iñigo. (febrero de 2014). “Estados en transición: nuevas correlaciones de fuerzas y la construcción de irreversibilidad”. “América latina en la disputa geopolítica mundial” organizado por CELAG e IAEN en el Instituto de Altos Estudios Nacionales en Quito, Ecuador.
10. Gramsci, A., 1975 [2000, Cuadernos de la cárcel, México, Ediciones ERA/Universidad Autónoma de Puebla, seis volúmenes, traducción de la edición crítica del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.
11. PESSOA João (2010). “El Proceso de Integración Suramericano y Elementos para una Estrategia Sindical”. Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras de las Américas.
12. BORDA Sandra (2012). “Desafíos y oportunidades de la Unión de Naciones Sudamericanas – UNASUR. CRIES, Buenos Aires, Argentina.
13. GAK Abraham (2006). “Los gobiernos progresistas en debate” CLACSO, Buenos Aires, Argentina.
14. ANDERSON Perry (2016) “Los herederos de Gramsci” New Left Review, Reino Unido.